

# Bajo su influencia

DIANA HIDALGO DELGADO

**G**eografía de la oscuridad (2021) de Katya Aduai (Lima, 1977) es un libro sobre los padres y las madres, los hijos y las hijas, los tíos y las tías, los primos y las primas, los hermanos y las hermanas, los abuelos y las abuelas. Es, en conjunto, un libro sobre la herencia, sobre el linaje; sobre cómo es pertenecer o no querer pertenecer a un cosmos tan extraño, oscuro y definitivo como puede ser la familia. Concepto entendido como un vínculo inevitable y obligatorio entre seres humanos —determinado por la biología y la genética— por más lejano, ajeno, agrietado o inexistente que sea.

Los personajes de Aduai habitan casi siempre en disputa, en espacios y tiempos en los que una y otra vez no podrán escapar de la influencia de su linaje. Irán descubriendo que este será como una huella dactilar biométrica que no podrán borrarse de la piel ni de sus mundos propios —si cabe alguna individualidad posible—: un destino premeditado por su estirpe. Aduai explora de forma casi antropológica y traza un mapa volcánico de estos lazos dolientes, enfermos, fallidos y cíclicos.

Pareciera que puede haber un halo invisible de salvación entre unos y otros. Pero, al final, ni el hijo puede salvar al padre, ni la madre a la hija. Entonces, como un ritual del que no se puede escapar dentro de cada cuento, vuelven a la misma piscina compartida, al mismo terreno, a la misma casa sin agua potable, a la misma habitación de hospital, a las mismas costumbres cronometradas, a la misma ducha, a las mismas fotos viejas, al mismo cuarto con alacranes embotellados, al mismo féretro, a la misma enfermedad.

En clave realista y por momentos lírica y poética, Aduai abre una puerta que seguramente queremos mantener con llave, porque es también volver a la infancia —“(¿)la infancia es una sucesión de domingos en los que uno nunca se sentía solo?”—, dice en “Domingo” (97)—, y a sus desgarramientos, a la supervivencia de la crianza que nos moldeó. Regresar a lo primigenio de la niñez, con la madre y el padre. Un espacio dulce, cálido y



## Geografía de la oscuridad

Katya Aduai  
Páginas de Espuma  
España, 2021  
118 pp.

familiar pero, también doloroso, peligroso. Si bien esta narrativa se presenta sólida en el conjunto de los dieciséis cuentos, hay algunos que quedan fuera de la propuesta conflictiva y unidad con los otros.

Destacan los relatos “En lugar seguro”, “El reino de lo impar” y “Nosotros, los naufragos”. En el primero, una madre y una hija se odian y se aman por igual en el ambiente opresivo de un hospital. Allí, ambas están unidas en la enfermedad. La hija “tiene a su madre alojada en la garganta” y a las dos, contagiadas, sus “huesos las unen y huesos las fallan” (37). En este relato, Aduai reinventa con una sensibilidad distinta el tópico de las maternidades opacas y casi disidentes al mostrar las relaciones monstruosas entre madres e hijas. Este universo carnal femenino enfermizo se funde con el ambiente médico asfixiante. “Si pudiera te ahorcaría”, le dice la hija. Y la madre le responde: “Y yo a ti”. Pero luego le susurra: “No te preocupes, corazón. Mamá siempre te encuentra. Mamá

siempre te cuida” (37-38). En este texto podemos encontrar algunos guiños a las escrituras violentas sobre universos siniestros femeninos de otras escritoras contemporáneas con Aduai, como la argentina Ariana Harwicz con *La débil mental* (2014) o la ecuatoriana Mónica Ojeda con *Mandíbula* (2018).

En “El reino de lo impar”, la relación agrietada entre un muchacho adolescente y su tío, durante una visita inesperada, abre la ventana hacia una avalancha de secretos y dramas de familia, pero también a la metáfora que construye la autora entre estos sismos familiares y el fenómeno de El Niño en la costa norte del Perú. Así, en el relato que transcurre en las playas norteñas, el mar se vuelve un vórtice a los ojos del sobrino. “Una marea de zapatos encallaba a mi alrededor. (...) Como recién arrancados. Recién lavados. De hombre, de mujer, de niño. Este es el reino de lo impar. (...) Ningún par completo. (...) Orillada en la arena húmeda, una zapatería asombrada, sobreviviente y coja, a la medida de nadie” (62-63).

“Nosotros, los naufragos”, relato que cierra el libro, destaca por su escritura fragmentaria y el cariz híbrido entre prosa, verso y uso de diálogos y guiones. Esta característica está presente en todo el libro, pero se hace más evidente en algunos cuentos. En el señalado, un hijo alejado de su padre por varios años debe encargarse de él, enfermo y agonizante, durante los últimos días de su vida; luego, debe velarlo y enterrarlo. El relato está marcado por la soledad, la decadencia del ser humano producto de la vejez y la enfermedad, el miedo a la muerte, la nostalgia de los tiempos mejores, la incongruencia de llorar a un padre al que no admiras. Finalmente, el espanto del hijo de saberse como el padre y querer escapar del mismo destino. “La amargura de mi padre me enfurece y poder odiarlo me consuela” (114), reza el hijo. Pero luego, lo mira, y le promete estar con él un verano más.

En *Geografía de la oscuridad*, la familia es la sangre venenosa, la constelación total y todo lo que siempre te habitará y te hará vivir, bajo su influencia.